

exclamar *Salve, sancta Roma! Ja, vere sancta a sanctis martiribus [...], sed iam lacerata est* (WA.TR 5, n. 6059). «Este viaje –concluye Leppin– no provocó en él una repentina conversión, un alejamiento de la vieja Iglesia. Pero, dada la evolución posterior se puede decir claramente: tampoco encontró en Roma lo que buscaba» (p. 59).

El resto del volumen lo componen eruditas investigaciones sobre el contexto que rodeó este acontecimiento. Las colaboraciones aquí presentes van desde el contexto histórico y cultural (la sociedad y la curia romanas, el ejército pontificio, la praxis devocional, el humanismo y el platonismo renacentista, la urbe del momento, académicos y notarios alemanes en la ciudad eterna), hasta personajes históricos del momento (Julio II y Maximiliano I, el cardenal Cayetano, Egidio de Viterbo, los intentos reformistas de Quirini, Giustiniani y Pico

della Mirandola) y el contexto urbanístico y artístico donde tuvieron lugar los hechos: Campo Marzio, los conventos agustinos en Roma, demoliciones y construcciones en aquel momento, la basílica de San Pedro y la música romana en aquel entonces. El cuadro resultante está por tanto prolijamente detallado. A esto se une un cuidado índice nominal, tanto de personas como de lugares. En definitiva, nos encontramos aquí ante un gran monumento conmemorativo, en el que la contextualización ocupa casi tanto interés como el acontecimiento mismo. El resultado podría ser comparado a una detallada miniatura rodeada de un enorme marco, que tal vez pueda ser útil para el intento ecuménico. Queda sin embargo la teología para otro momento.

Pablo BLANCO
Universidad de Navarra

Henri HOURS

Le retour de Lyon sous l'autorité royale à la fin des guerres de Religion
(1593-1597)

LARHRA, Lyon 2020, 359 pp.

Segunda ciudad de Francia por su número de población y primera por la presencia de la banca internacional y en la financiación de las guerras (tanto en Italia, como posteriormente en Francia), sede primada de las Galias, ciudad cosmopolita, centro comercial entre Italia y Holanda, bañada por el Saona y el Ródano, cruce de caminos de Saboya, del Franco Condado español y de Alsacia, ciudad fronteriza a las puertas de Suiza y, por tanto, de Ginebra... Lyon, aunque no tuviese tribunal (*parlement de province*) ni parlamento provincial (*États provinciaux*), era una importante ciudad que tanto los reyes de Francia como sus enemi-

gos se esforzaron por controlar. El *consulat* (Consejo Municipal) y el gobernador real ostentaban el poder civil y el arzobispo el religioso. Inquebrantablemente apegado al catolicismo, los protestantes intentaron apoderarse del *consulat* ya en 1560, en la dinámica de la conspiración de Amboise, y lo lograron, por poco tiempo, dos años después. Abiertas las guerras civil y religiosa, Lyon, que rechazaba el acceso al trono de Francia del calvinista Enrique de Borbón, entró en la Liga durante la octava y última guerra de Religión (1585-1598). Tras el asesinato del duque de Guisa y del cardenal de Lorena por Enrique III, la ciudad reco-

noció al nuevo líder de la Liga, el duque de Mayenne.

Al convertirse al catolicismo en julio de 1593, Enrique IV truncó las torpes negociaciones del duque de Feria para imponer a los Estados Generales como reina de Francia a la infanta Isabel Clara Eugenia. Habiéndose vuelto católico de nuevo, el Borbón se esforzó hábilmente por asegurar la unión de su nobleza y de las ciudades lejanas, principalmente Lyon. Son los cinco años de este peligroso pasaje los que narra y analiza, esencialmente sobre la base de las deliberaciones y los relatos municipales, Henri Hours.

¡Esta es la primera publicación de una tesis de la École nationale des Chartes, defendida hace 72 años! Originalidad francesa: estos trabajos de investigación, que completan la formación de los archiveros paleográficos, no solo no suelen ser objeto de una publicación completa, sino que ni siquiera su acceso es abierto fuera del mundo de los *chartistes*. ¡Qué pérdida para la ciencia histórica es esta cautelosa confidencialidad! Por lo tanto, debemos alegrarnos de que finalmente podamos conocer este estudio notable, aunque antiguo, y mostrar nuestro agradecimiento por ello al laboratorio LAHRA-UMR 5190. La gran mayoría de la investigación que, durante tres cuartos de siglo, se ha centrado en las guerras de Religión y en el propio Lyon lo ignoraron, incluida la valiosa tesis de Yann Lignereux (*Lyon et le roi. De la « bonne ville » à l'absolutisme municipal (1594-1654)*, Seyssel, 2003).

¿Cómo, entonces, usar este libro hoy? Por supuesto, su estilo y sus métodos están anticuados, pero es de una erudición impecable, de la que hoy en día carecen con demasiada frecuencia las tesis rápidas, en forma de PhD. El análisis es de calidad, las intuiciones son ricas y el libro invita a proseguir líneas de investigación. Hemos

perdido demasiado tiempo ignorando esta piedra principal en el edificio de la comprensión de la obra de pacificación del rey Borbón y de la transición entre la Liga y la Contrarreforma católica (Serge Brunet (dir.), *La Sainte Union des catholiques de France et la fin des guerres de Religion (1585-1629)*, Paris, 2016).

Nos limitaremos en esta reseña a señalar los aspectos innovadores, por poco conocidos hasta ahora, de esta tesis.

En primer lugar, desde la conversión del rey (que quedó, sin embargo, excomulgado hasta 1595), la *Réduction* de Lyon, tras los disturbios y barricadas no carentes de dimensión carnavalesca de aquellos días de febrero de 1594, fue, contrariamente a lo que se creía, parte de un complot instrumentalizado por algunos notables y apoyado por los representantes del rey. En primer lugar, el gobernador *ligueur* del Lyonesado, Charles-Emmanuel de Savoie-Nemours, duque de Ginebra y de Nemours, cuya actitud había exasperado a los lioneses, fue arrestado por orden del arzobispo, el *ligueur* moderado Pierre d'Épinac. A continuación, cuatro *consuls* (alcaldes) desencadenaron el levantamiento, ayudados por un puñado de realistas (partidarios del rey Enrique IV), que supieron explotar el rumor. Seguidamente, los *ligueurs* fueron purgados del *consulat*. Así, asistimos a la paradoja de una población, abrumadoramente *ligueuse*, que se sometió a la autoridad real sin dejar de apelar oficialmente al errante Mayenne, que permaneció sordo a las llamadas de los lioneses. Su actitud de esperar y ver solo pudo allanar el camino para Enrique IV.

Aunque Epinac aseguró gentilmente el gobierno del Lyonesado, el golpe fue muy severo para el partido de la Liga. Como primera consecuencia, la *Réduction* de Lyon perjudicó seriamente la financiación de los ejércitos de la Liga mientras que mejoró la del ejército real. El *consulat*, muy endeuda-

do y amenazado por los partidarios de Nemours, había exigido en vano a Mayenne el envío de un «administrador de la justicia», o la unión del gobierno del Lyonesado con el de la vecina Borgoña, que este último ocupaba. Enrique IV, por su parte, no quería ni a Épinac ni a Alphonse d'Ornano, lugarteniente del gobernador del vecino Delfinado y de quien sospechaba que tenía ambiciones similares a las de Nemours. Fue entonces el fiel Pomponne de Bellièvre quien, desde fuera de la región (de la que era sin embargo originario y cuyo contexto conocía bien) y de sus clanes antagónicos, paulatina y hábilmente se impondría. Por otro lado, el rey Borbón, como hizo en todo el reino, perdonó a sus antiguos adversarios y les devolvió sus propiedades y títulos. También liberó al *consulat* de parte de sus deudas, así como de la carga que suponía asumir responsabilidades políticas y militares.

Sin embargo, Nemours logró escapar, allegándose a Saboya y a España, de quienes esperaba refuerzos militares que le ayudasen a apoderarse de Lyon. El duque de Joyeuse y el marqués de Villars, respectivamente gobernadores de Languedoc y Guyena por la Liga, albergaron una esperanza similar. El peligro español se hizo más claro y, el 17 de enero de 1595, Enrique IV declaró la guerra a Felipe II, atacando la Borgoña controlada por Mayenne y el Franco Condado español. La victoria del Borbón en Fontaine-Française (5 de junio de 1595) conjuró el peligro español.

Al revelar, siguiendo el trabajo de su predecesor *chartiste* Pierre Champion (*Charles IX, la France et le contrôle de l'Espagne*, Paris, 1939), el papel de España en las intrigas de Lyon, Henri Hours nos ilumina sobre las consecuencias del «deber de olvidar» que siguió a la paz de religión del edicto de Nantes (13 de abril de 1598), y que no debe olvidarse que acompañó a la paz de

Vervins (2 de mayo de 1598) con España. Al declarar la guerra a Felipe II, Enrique IV había tratado de reconciliar a sus súbditos designando a España como chivo expiatorio. A partir de ahora, era necesario callarse y olvidar los vínculos que se habían forjado con el rey Católico. Así, el historiador se enfrenta a un borrado de la memoria –y de los archivos– que lo registraron.

Con las deliberaciones municipales que no se perdieron, Henri Hours supo encontrar –y exponer– a los lioneses de corazón *ligueur* que esperaban todavía la ayuda de España. Esta mantuvo a varios informantes y espías en Lyon. Contribuyeron a ello los jesuitas, hasta su expulsión (diciembre de 1594), los capuchinos y los mínimos. Entendemos, por tanto, que, a pesar de –o debido a– su extraña sumisión, los lioneses intentasen nuevamente levantarse en tres ocasiones sucesivas: el 11 y 24 de agosto de 1594 y luego, otra vez, después de la fuga de Nemours y de la expulsión de los jesuitas, el 10 de febrero de 1595. Estas tramas fueron denunciadas y fracasaron, mientras que la última fue duramente reprimida por Bellièvre. La actitud de Lyon coincidió así con la de Toulouse. Fue, además, el mismo emisario real, Méry de Vic, quien intervino sucesivamente en Toulouse y luego en Lyon. Estas dos ciudades, tras una aparente sumisión, retomaron las armas, con el apoyo del rey Católico y para disgusto de Enrique IV.

El papel de Bellièvre en Lyon fue más allá del de un simple gobernador o administrador de provincia. Henri Hours lo ve como un consejero del rey en una misión, con poderes extendidos. Además de la sumisión que impone al *consulat* de Lyon, su acción se extendió a un papel diplomático en las provincias circundantes y hasta Suiza. La victoria de Fontaine-Française, la tregua firmada con Mayenne, la muerte de Nemours (25 de julio de 1595), permi-

ten a Enrique IV hacer su entrada real en Lyon. Nombró gobernador a Philibert de La Guiche, un extranjero en la provincia, y respondió a la decepción de Ornano otorgándole el consuelo del bastón de mariscal. El asedio de Cambrai por los españoles obligó a Enrique IV a dejar bajo control un Lyonesado pacífico, una Borgoña sumisa y un Forez vigilado. Las *Grands Jours* del Parlamento, aunque inconclusas, completarían este alineamiento del *consulat* y de la provincia del Lyonesado.

Los comentarios de Henri Hours sobre la edición de los libreros en Lyon son muy significativos. Por supuesto, a partir de la *Réduction*, las publicaciones de la Liga cesaron, a favor de numerosas ediciones realistas durante los años 1594-1595. Pero éstas, a su vez, cesaron, con la misma brusquedad, para dar paso a obras ultramontanas de autores italianos y españoles, publicadas bajo la renovada influencia de los jesuitas. También pudimos observar, en todo el reino, la influencia de la religiosidad española, a través de la intermediación de varios antiguos *ligueurs* que se convirtieron en los nuevos devotos (Serge Brunet y Éric Suire [dirs.], *Les dévots de France, de la Sainte Ligue aux Lumières. Militance et réseaux*, Bordeaux, 2019). Por su parte, las iglesias calvinistas continuaron debilitándose. En 1597, por lo tanto, en la mente y el corazón de los lioneses, la adhesión al rey Borbón, aunque católico y reconciliado con el papado, no llegó a ser completa. El regreso de Méry de Vic, como administrador de la provincia, corrobora este punto. Los disturbios que acabaron con la Liga en Lyon hicieron po-

sible, como en Toulouse, reforzar allí el poder central. Lyon, después de su brillante siglo XVI, se adentró en un átono siglo XVII.

Esta publicación de la tesis de Henri Hours no adolece de debilidad material. Solo nos hubiera gustado una traducción de las citas en otros idiomas (si no en el texto, al menos en sus notas), algunas aclaraciones sobre el contexto nacional e internacional, como la conversión de Enrique IV o la declaración de guerra a España, una bibliografía actualizada y un índice mejor corregido (Méry de Vic y no Thierry de Vic, etc.).

Debemos alegrarnos, por lo tanto, por esta publicación, útil para comprender el final de las guerras de Religión. Henri Hours nos invita a un estudio sistemático de los archivos municipales que desde entonces se han multiplicado en magníficas monografías urbanas sobre estos tiempos de crisis. Hours percibe también la influencia de potencias extranjeras, entre las que destaca España, lo que incita a acudir a archivos españoles y saboyanos para la comprensión de los disturbios de Francia (Serge Brunet, «*De l'Espagnol dedans le ventre!*». *Les catholiques du Sud-Ouest de la France face à la Réforme (vers 1540-1589)*, Paris, 2007, Fabrice Micaléff, *Un désordre européen. La compétition internationale autour des «affaires de Provence» (1580-1598)*, Paris, 2014). Tales archivos no fueron objeto de la censura y las destrucciones que sufrieron los lioneses tras la guerra civil.

Serge BRUNET

Université Paul-Valéry Montpellier III